

mal estar - psicoanálisis / cultura

Director: Carlos Brück

Secretaría de redacción: Stella Prado

Consejo editorial: Héctor Depino, Eduardo Müller, Fernando Peirone.

Equipo de redacción: Arturo Cuervo, Eduardo Gandolfo, Ana María Gómez, Carlos Frainan, Marita Manzotti.

Colaboradores: Ana Amado, Jorge Aulicino, Alicia Borinsky, Manuel Cruz, Ernesto Domenech, Diamela Eltit, Alicia Entel, Eduardo Grüner, Noé Jitrik, Tamara Kamenszain, Jeffrey Mehlman, María Negroni, Norberto Onofrio, David Oubiña, Mariano Plotkin, Randolph Pope, Juan Ritvo, Rudy, Eduardo Stupia, Clorindo Testa.

Comité de lectura y consulta: Eva Dukasz (coordinación), Luis Fau, Nora Fornari, Héctor Fuentes, Vera Gorali, Samuel Krynski, Silvia Manzini, Luis Mazella, Adriana Rubistein.

mal estar - psicoanálisis / cultura es una publicación semestral que cuenta con la adhesión de: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Departamento de Psicología, UNLP; Facultad de Ciencias Sociales, UBA; Dirección General del Libro, Ministerio de Cultura, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; Biblioteca Nacional, Secretaría de Cultura de la Nación, República Argentina.

La Fundación Proyecto al Sur mantiene convenios de intercambio con la Facultad de Psicología de la UBA y la Universidad de Austin, EE. UU. La publicación se encuentra catalogada por la Casa Argentina en París en todas las bibliotecas de dicha ciudad.

mal estar 11
psicoanálisis / cultura

Año 10 / nº 11 / noviembre de 2010

Fundación Proyecto al Sur y Editorial de la Universidad de La Plata (Edulp)

Fundación Proyecto al Sur

Consejo de organización: Carlos Brück, Ramiro Pérez Duhalde, Stella Prado y Ricardo Sánchez.
Malabia N.º 2363 – 18.º D / 1425 / Buenos Aires / Argentina
www.proyectoalsur.org

Edición de textos: Edulp

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires / Argentina
+54 221 427 3992 / 427 4898
editorial@editorial.unlp.edu.ar
www.editorial.unlp.edu.ar

Diseño de tapa: Solange Scarimbolo

Diagramación de interiores: Julieta Lloret (Edulp)

Coordinador de gráfica: Andrés Brück

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISSN 1666-0307

Impreso en Argentina | *Printed in Argentina*

Las opiniones expresadas en los artículos no necesariamente coinciden con las del editor. Se prohíbe la reproducción parcial o total de cualquiera de los artículos sin previa autorización de la editorial.

ÍNDICE

Preliminares, Carlos Brück 7

ENTRECRUZAMIENTOS

Conversaciones

Sobre la pasión de la mirada, *Carlos Brück y Eduardo Stupía* 13

MONTAJES

Jornadas

“La envidia está flaca porque muere y no come...”, *Eduardo*

Gandolfo 25

La pasión y la mirada, *Julio Crivelli* 31

El enigma y la palabra, *Cristina Bulacio* 39

DOSSIER

La amistad, lugar común

Reflexiones amistosas sobre la amistad, *Ivonne Bordelois* 49

Amistad y complicidades, *Alicia Borinsky* 55

Cruz no consiente, *Noé Jitrik* 59

El yogur y la amistad, *Eduardo Müller* 69

Algunas cuestiones sobre la amistad, *Rudy* 75

El amigo: ¿un otro-sí mismo?, *Carlos Gussetti* 81

Las razones de Virgilio, *Jorge Aulicino* 93

Amigo, *Sylvia Molloy* 99

ESTILOS

Artículos

Las ciencias sociales frente a una nueva dimensión política, <i>Fernando Peirone</i>	107
El malestar de la historia, <i>Samuel Amaral</i>	125
Las formas sociales del sufrimiento y el placer irremediables, <i>Sergio E. Visacovsky</i>	131
Los autores	137

Carlos Brück

PRELIMINARES

En el siglo XIX se produjo esa querrela tan singular en la que algunos de los entonces vanguardistas –y, en ocasiones, la vanguardia puede ser nada más que el furgón descarriado del pasado– plantearon, en un tribunal de París, la necesidad de dejar fuera de las Bellas Artes a la fotografía.

Argumentaban que solo podía ser pensada como un dispositivo técnico, un ruseñor mecánico que no produciría –o no debería producir– un efecto, para bien o para mal, en el espectador. Quienes se entreveraron en esto no se cuidaron del ridículo ni de la impropiedad conceptual, que terminó en síntoma y redundancia: considerar al cine, esa imagen con movimiento, como séptimo arte.

Pero la fotografía siguió su camino, ocupándose de ese plus donde la iluminación, la noche, el detalle y el suceso podían ser encontrados. En esta deriva se constituyó el arte del hallazgo y de la posibilidad de dar a ver lo que sucedía en ese momento casi infable.

¿Será casual que la toma en papel tenga que pasar por el revelado, por una *revelación*, como fase iniciática del laboratorio?

Sabemos que estamos hablando de una analogía, sabemos también que este proceso de la copia es parte de los modos de reproducción

- ⁹ Anderson, Chris, *The Long Tail: Why the Future of Business is Selling Less of More*, New York, Hyperion, 2006.
- ¹⁰ Rheingold, Howard, *Multitudes inteligentes*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- ¹¹ Shirik, Clay, *Here comes everybody: the power of organizing without organizations*, New York, Penguin Press, 2008.
- ¹² Impulsor de la WWW, *World Wide Web* (Red Global Mundial) que extendió mundialmente el uso de la web.
- ¹³ No faltará quien nos quiera despabilar señalando que Apple, Google, Yahoo y Amazon, no son emprendimientos románticos, y que detrás de las nuevas tecnologías están Intel, Microsoft, IBM, Nokia y Sony, que son grandes oligopolios. No discutiremos esto en la presente nota, sólo diremos que no es todo lo mismo, hay grises: Google no es IBM, Firefox no es Explorer, son modelos diferentes.

Samuel Amaral

EL MALESTAR DE LA HISTORIA

Es posible que en todas las ocupaciones humanas, especialmente las que conciernen a la producción de conocimientos, haya algún malestar generado, si no por el choque de los instintos humanos con las restricciones de la civilización, al menos por la discordancia entre lo que los productores de conocimiento creen que deben producir y lo que otras personas, no especializadas o que lo requieren con fines prácticos, esperan de ellos. Ese malestar existe entre los historiadores porque elaboran estudios especializados, consumidos principalmente por sus pares, y porque la demanda de conocimientos históricos de la sociedad es satisfecha frecuentemente por realizaciones que no reconocen como propias del oficio.

Ese malestar es de los historiadores, ciertamente, no de la Historia como campo del conocimiento, pero ¿es esta algo distinto de lo que aquellos producen? La que demanda la sociedad parece ser principalmente de dos tipos: por un lado, los grandes relatos de gestas heroicas o de catástrofes que proliferan en las mesas de las librerías; por otro, las narraciones destinadas a la educación de los niños y de los adolescentes. Esa demanda está presente, por una parte, en el público no especializado que, aun cuando como parte de su educación

se haya enterado de que las civilizaciones del pasado son elementos constitutivos de la historia de la humanidad que se continúa en el presente, no puede concebir las diferencias —en las costumbres, en los sentimientos, en las relaciones entre los seres humanos, en los criterios de evaluación de la realidad, en las opiniones sobre lo que es el mundo y sobre el destino de la humanidad— que nos separan de tiempos y procesos que resultan fundamentales para comprender lo que somos; y, por otra, en programas educativos que consideran a la historia como un relato cerrado y desalientan cualquier aproximación crítica. El malestar de los historiadores —tomando por tales a quienes, tanto en la investigación como en la docencia, asumen una postura reflexiva— surge entonces por la demanda de conocimientos distintos de los que producen para consumo profesional, alentada por muchos factores entre los que cabe destacar al nacionalismo, a la política y a la memoria.

El primero amenaza a la Historia desde los mismos orígenes de su desarrollo profesional en el siglo XIX. Quizás esta afirmación esté mal formulada, ya que dicho desarrollo estuvo al servicio del nacionalismo: la enseñanza de la historia nacional como parte de la educación de la niñez y de la adolescencia —y en consecuencia la formación de especialistas en las universidades— se dio como parte del proceso de inclusión política de los antiguos súbditos de las monarquías absolutas, que debían ser transformados en ciudadanos de las democracias representativas. Los grandes relatos tenían por objeto establecer la fuente de legitimidad del nuevo orden político basado en la soberanía del pueblo, mostrando a este y a sus hijos como actores de la historia, en lugar de a los antiguos soberanos cuya autoridad derivaba de la tradición o aun de un supuesto origen divino. Tras la funesta deriva de los nacionalismos en el siglo XX, la Historia dejó de cumplir el papel aglutinante y diferenciador que tuvo hasta la segunda guerra mundial: la practicada en los ámbitos

académicos, al menos, ya que la sociedad continúa demandando esa otra, anterior, con gestas y héroes nacionales, que es producida por profesionales de vieja escuela o por aficionados más o menos hábiles. La Historia como actividad reflexiva mal puede detenerse ante los mitos. Ni siquiera ante el más duro de corroer —aquel que constituye una considerable proporción de nuestra identidad, por el que sentimos una estima que proviene de su temprana inserción en nuestras vidas, ya que ha sido parte de nuestra educación como miembros de una sociedad nacional— especialmente allí donde la lengua no puede constituirse en el factor distintivo de otras naciones. Pues si el historiador se detuviera ante ese obstáculo, como muchos hacen por convicción y otros por prudencia, estaría renunciando a formular algunas preguntas y esta formulación de preguntas —seguida de respuestas, basadas en cierta evidencia comprobable, y de nuevas preguntas surgidas de esas respuestas— es el legado más importante del pasado del oficio, y el instrumento más útil forjado en casi dos siglos de desarrollo profesional. Aunque el nacionalismo ha perdido la virulencia de la primera mitad del siglo pasado, aún sobrevive y se manifiesta no solamente en las competencias deportivas, sino también en el sometimiento del juicio a un pasado glorioso o a un porvenir radiante. La alternativa de aceptarlo o rebelarse frente al mito fundacional provoca un conflicto en quien quiere, ante todo, reflexionar.

La política —la práctica política, no la política como ciencia—, requiere certezas y rechaza la duda. No es esta, ciertamente, una observación original, pero no por ello deja de provocar malestar en los historiadores a los que les demanda relatos cerrados, simplificados, con sus buenos y sus malos, que puedan servir de basamento a la identidad. Ante lo hermético de las identidades, partidarias o nacionales, la historia como actividad reflexiva resulta impracticable. La identidad es tan funcional a la acción como disfuncional es

la duda: aquella suministra una base que esta erosiona. La política práctica demanda estos relatos resueltos, pero, al mismo tiempo, exige que decidamos, adhiriéndonos, como ciudadanos, a alguna de sus modalidades. Entre la actividad del historiador como un análisis sobre las actividades humanas y el requerimiento de certezas que una de ellas le impone hay una tensión irresoluble.

La memoria, finalmente, es también una fuente de malestar. Ella es el recuerdo de algo sucedido en el pasado, es el terreno donde opera el historiador. Pero ese algo es inmune al virus de la reflexión. La memoria requiere también un relato carente de los matices que son propios de las acciones humanas. La memoria, el apego a un particular recuerdo, conspira contra la vida personal y social, que también requiere del olvido. Como nadie cree ya que la historia se repita —ni siquiera como comedia lo que antes fue tragedia—, resulta difícil pensar que la mera evocación de las catástrofes pasadas impedirá nuevas. Y el recuerdo tanto puede movilizar como paralizar, como sucedió con el de la primera guerra mundial, en la década del treinta. Las lecciones a extraer de un momento puntual del pasado pueden ser interpretadas de modos diversos cuando nuevas circunstancias se presenten, y las actividades humanas se caracterizan, justamente, por circunstancias siempre nuevas. La memoria es el deber de los deudos, pero el olvido es necesario para que continúen sus vidas y la de la sociedad. La exigencia de fijar un momento del pasado y excluirlo del pensamiento crítico es fuente de malestar para quien quiera formular preguntas.

El nacionalismo, la política y la memoria son tres factores que contribuyen al malestar de los historiadores en la medida que levantan vallas al análisis que se pretenden infranqueables. Frente a ellas solo cabe continuar reflexionando sobre las acciones humanas a lo largo del tiempo, basándose en la evidencia disponible, pauta que ha sido,

con todas las variantes imaginables, la marca de la profesión. No parece haber mejor antídoto contra los motivos del malestar que la continuidad del esfuerzo de comprensión y el libre debate de las ideas resultantes.